

PELICULAS

Novela Semanal



PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 48 :: 25 CTS.

Adaptación literaria de la comedia dramática de
costumbres modernas, titulada

COMEDIA DE AMOR

Genialmente interpretada por las estrellas de la
pantalla RUTH WEYHER y MARGARIT MANSTAD

EXCLUSIVA DE LA CONCESIÓN ESPAÑOLA U. F. A.

BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925 : BARCELONA

BAUDOUIN

ESTAÑOS Y RELOJES
DE PULSOS

BAUDOUIN

El portero de la calle de Víctor Hugo 134, no obstante y frisar en los cuarenta, bien pasados, tenía un corazón que por lo inflamable hubiérase dicho de gasolina u otra materia análoga, no menos propicia a la rápida combustión.

La vista de unos ojos de mujer era cosa que sacaba de quicio al buen cancerbero. Y dábase la casualidad de que en su escalera vivieran varias, con unos ojos... ¡Dios santo qué ojos! Eran cerillas que prendían la pólvora de su corazón cada vez que se asomaban a la portería para preguntar si había alguna noticia para ellas.

En dicha casa vivían dos familias del mismo apellido: la de don Napoleón Gambetta Duval, que, no obstante su sonoro nombre y apellido, no era ni guerero ni político, (cantante de ópera nada más) y el doctor León Monier, hospedado en casa de la señora Rosa Duval.

Conviene hacer constar, para guía del buen lector, que el cantante de ópera, por un exceso de modestia, no se hacía llamar ni Napoleón ni Gambetta, sino simplemente, Duval. A un hombre de sentimientos tan delicados y artísticos, según su parecer, no sonaban bien estos nombres tan rimbombantes. Y por eso,

en la casa, se conocía a las dos familias con los nombres de: los Duval del primero derecho, y los del primero izquierda.

El señor Duval, cantante, tenía dos hijas que eran martirio del portero. Tanto Juana, la mayor, como Nita, la segunda, eran dos preciosidades. Dos angelitos del cielo en punto a hermosura. Juana reposada y tranquila, era de una belleza apacible, que invitaba a la adoración. Nita, inquieta y vivaracha, pendiente siempre la sonrisa de sus labios, divinos y regordetes que invitaban a besar, era capaz de conmover a la estatua del Comendador.

Todas las aficiones de Juana quedaban circunscritas al arreglo de la casa. Era una modesta ave de corral. Nita, en cambio, se dedicaba al teatro, en cuyo ambiente, su inquieto temperamento, ávido de sensaciones nuevas, encontraba sobrado campo para su sed de inquietudes en la interpretación de las diversas heroínas.

¿Será preciso decir que los ojos del portero se iban con preferencia detrás de Nita? Creemos que no. Como tampoco es necesario decir que Nita no se había fijado jamás en él, ni se fijaría en los días de su vida. Era, pues, un amor destinado a permanecer «in secula seculorum» en el más profundo de los silencios.

El portero lo sabía, y por eso procuraba vengarse de sus vecinas, cambiándoles las cartas que recibían. Eran pequeñas venganzas, sin trascendencia, las únicas que se podía permitir el despechado Romeo; pero que bastaban a satisfacer su rencor de enamorado incomprendido.

El día a que hacemos referencia, se recibió una para el doctor Monier, debajo de la cual, en letras grandes, se leía: «En casa de doña Rosa Duval» y al mismo tiempo, otra para el cantante. Y el portero las cambió.

Estos cambios de correspondencia, que doña Rosa no creyó jamás obra del portero, sino de sus curiosas vecinas, habían originado ciertos trastornos domésticos; enemistades recalcitrantes por parte de la patrona del doctor, que veía en las hijas de su vecino dos enemigas de la peor especie.

Siguiendo en pos de las cartas cambiadas, llegamos al domicilio del cantante, en pleno ensayo. El buen Napoleón lanzaba unos berridos que hacían temblar los cristales. Una y otra vez repetía la misma nota que no le salía ni estirándola.

Su hija Juana, en un extremo de la sala, repasaba la ropa blanca.

—¿Qué te sucede, papá? En ese *la* das siempre *si*.

—¡Quizá sea la costumbre, hija mía! Es un trozo en el cual se me está declarando una dama. Yo debo contestar con un *la...* pero no sé si es por un exceso de galantería siempre me sale el *si*. No voy a tener más remedio que hacer cambiar la nota.

—¡Yo no entiendo mucho de eso, pero por lo que me dices, me parece que estaré más en carácter! —rió la muchacha.

Detrás de ellos se oyó la voz cantarina de Nita, que vino a cortar la plática.

—Buenos días, papaíto... ¿No tienes también un besito para tu Nita? —exclamó.

—Uno y cien, hijita!

Y en efecto, el buen cantante (digamos más bien, el regular cantante) que adoraba a sus hijas, comenzó a prodigarles sus besos sin limitación.

—¡Basta ya, egoista! Déjame, que tengo que comenzar mi ensayo. Juana me apuntará.

Nita acababa de levantarse y llevaba por todo indumento un salto de cama, tan raquítico, que a duras penas tapaba el comienzo de sus muslos, dejando por arriba una buena parte de terreno al descubierto. En la obra que iba a ensayar, representaba el papel de monja. Una monja que se veía asediada por un antiguo enamorado.

—¡Desgraciado! —Ni este hábito de castidad que visto me librará de vuestro loco asedio?— declamaba Nita siguiendo el guión de la obra.

Una y otra vez repitió el párrafo sin que le saliera a su gusto.

—¿No te parece, Juana, que este trozo no me sale con bastante énfasis?

—¿Cómo quieres que te salga bien lo del «hábito de castidad» si vas casi desnuda? Comprende que para todo hay que ponerse en carácter...

—¡Je... je! —Tiene gracia!— dijo el señor Duval compareciendo con algunos papeles en la mano—. Nos han puesto el correo de la vecina... ¡Y hay que ver lo que lee la buena señora con sus cincuenta años! «Para conservar la juventud y la esbeltez de talle.»

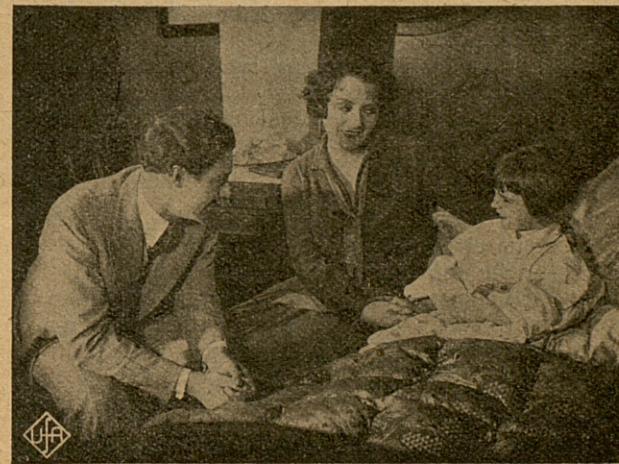
—Mira, Juana, nos han puesto también una carta del médico!... Y parece letra de mujer—terció Nita.

El rostro de la joven se ensombreció al com-

probar la veracidad de lo que le decía su hermana.

—Te has puesto muy triste. ¿Acaso estás enamorada del mediquillo?

—¡Qué quieras, Nita! Todas no podemos tener un gusto tan refinado como tú — repuso ella entre apesadumbrada y desabrida.



Mientras sus hijas discutían sobre problemas de amores y amoríos, el cantante de ópera, muellemente arellanado en uno de los butacones, leía satisfecho una carta de una admiradora:

«¡Mi ideal Lohengrin! :

»Siete veces me has subyugado en este papel. Si quieras hacerme la más

feliz de las mujeres, dedicame unos instantes esta noche, después de la función. Devotamente tuya, *Carlota.*»

—¡Bah!... Una Carlota más en mi archivo. ¡Señor, y qué tontas son las mujeres!—murmuró distraído, casi en voz alta.

—¿Decías algo, papá?

—No, Nita; si acaso habré hablado conmigo mismo.

—Papá decía algo muy interesante, Nita—murmuró Juana muy quedo—, y sobre todo para ti. Ha dicho que las mujeres son muy tontas.

—No veo por qué ha de interesarme a mí particularmente.

—Te diré... ¿Qué llave es esa que tenías ayer en el bolso?

—¿Me espías, hermana?

—¡Ya sabes que soy incapaz de hacer semejante cosa; pero mi deber de hermana mayor es aconsejarte, a falta de una madre!

—¡Agradecidísima!... Estás filosófica y catequizante. El papel de persona juiciosa te sienta a las mil maravillas.

—Para todos, cada protagonista de una obra de Armando de Marny, es su devaneo de turno... Al menos, eso se dice.

—Se dicen muchas tonterías. El hecho de que yo sea la protagonista de su próxima obra, no te da derecho a sospechar nada de mí. ¡Yo soy yo!—añadió con énfasis un tanto teatral, la bella Nita, saliendo a vestirse para ir a visitar a su amigo, Armando de Marny, el autor de moda.

Media hora después, salía Nita a la calle.

El doctor Monier oyó la puerta de sus vecinas, y rápido, salió al pasillo de su piso. Desde la ventana que daba al hueco de la escalera, inquirió quien salía.

—¿Qué le pasa a usted, doctor?—preguntó la señora Duval.

Monier, como colegial cogido «in fraganti», balbució una excusa.

—¡Es casual... casi siempre que sale una de las vecinas se le pierde a usted algo!—añadió la vieja con ironía.

Otra vez en su salón de consulta, León Monier se abismó en la contemplación de una fotografía, a cuyo pie se leía :

NITA DUVAL

*Protagonista de la próxima
obra de Armando Marny*

Era un retrato de su encantadora vecina, publicado a toda plana por una revista ilustrada que León había recortado y colocado dentro de un artístico marco. Lo contempló durante un buen rato, y luego, lanzando un suspiro, volvió a guardarla en el cajón de su mesa escritorio.

Entretanto, Nita había llegado a casa de su idolatrado amigo y autor. Armando la recibió con los brazos abiertos y Nita se dejó caer en ellos de muy buena gana, correspondiendo, mimosa, a la caricias de su adorador.

—¿Se puede saber a qué obedece esta visita tan temprana de mi muñeca?

—Sólo he venido a que ensayemos la escena fuerte del segundo acto, que no me sale como yo desearía.

--Veamos qué es lo que no te sale—inquirió Armando una vez hubieron llegado a la biblioteca.

—Aquí; este párrafo: «¡Desgraciado!... ¿Ni este hábito de castidad?...»

—Perfectamente. Ve al salón y vistete—añadió con ironía el autor. Encima del diván tienes el traje.

—¿Pero voy a decir eso con este traje?—exclamó ella extrañada, compareciendo con un vestido de bailarina, cubierto de rutilantes lentejuelas—. ¿Acaso has hecho un cambio en la escena?

—Sí... Un cambio insignificante. Ahora, en lugar de monja, te hacemos canzonetista.

Nita trazó un mohín de desilusión. ¡Se había encariñado tanto con el papel de madre abadesa!...

—No me negarás que a tu carácter cascabelero sienta mucho mejor la modificación—añadió Armando para calmarla.

—Después de todo, tienes razón... siempre tienes razón, mi querido Armando!—exclamó la joven actriz, acariciando a su amado.

El tierno idilio fué cortado por unos secos golpes en la puerta. No tardó en comparecer el criado, anunciando que el señor Pinot, director del teatro, el conde de Rochefort, propietario del mismo y la señorita Savelly deseaban hablar con el señor.

—¡Perfectamente! Dígales que pasen al salón. Y tú, Nita, no salgas de aquí hasta que ellos se hayan marchado.

Las tres personas se acomodaron con aspec-

to grave. Armando no tardó en comparecer, con su aspecto sonriente de siempre.

—¡Buenos días, queridos amigos!... No creía merecer el honor de recibir en mi casa a una tan distinguida comisión de representantes del Arte.

—Muchas gracias por sus cumplidos, amigo mío. Los honrados somos nosotros, pero discúlpeme si no me extiendo mucho en salutaciones. Venimos a hablar de cosas serias—exclamó el conde con cierta asperezza en el acento.

—Estoy a sus órdenes para hablar aun cuando sea de funerales. Precisamente hoy me encuentro muy alegre.

—Pues oiga al director del teatro, que va a hablarle en mi nombre.

El señor Pinot empezó difícilmente a esbozar el asunto que motivaba su visita.

—Yo... después de todo no soy más que el director... Hay alguien que manda en mí... y este alguien son las circunstancias...

—¿Y sus circunstancias tienen algo que ver conmigo?—preguntó Armando con muy disimulada candidez.

—¡Es un año de alquiler lo que se me debe, señor mío!—interrumpió el conde.

—¿Supongo que no habrá venido usted a cobrármelo a mí?

—¡Ya sabe usted que no me gusta perder el tiempo!—gruñó Rochefort con doble intención—. ¡O la señorita Savelly hace el primer papel de la obra que está usted escribiendo, o cierro el teatro! Este era el objeto de mi visita. Ahora resuelva como mejor le convenga...

—¿Usted cree que se me oculta por qué protege a la señorita Savelly?

—¿Y usted piensa que ignoro por qué apoya a la señorita Duval?

El conde y Armando, a medida que avanzaba la discusión, iban levantando el tono de su voz y la cosa tenía un cariz nada más que regular.

—¡Armando, amigo mío: yo he venido para ver de hallar el modo de que ustedes dos lleguen a una inteligencia!... Este no es el camino más adecuado. Tú que conoces bien mi situación, sabes hasta qué punto me es imprescindible resolver este asunto en buena armonía.

—Pero es que aquí no podemos llegar a una buena armonía si no es cediendo yo mis derechos inalienables de autor. Yo puedo entregar la obra a quien me plazca: a quien crea que ha de sacar de ella el mejor partido. Y no estoy dispuesto a ceder ante ningún conde por muy conde que sea, ¡vaya!

—¡Armando!... Reflexiona que me pones en un precipicio; que nos ponemos los dos...

—Esta noche les contestaré a ustedes. He de madurar mi decisión—concluyó el autor.

Y con estas palabras se dió por terminada la borrascosa entrevista.

—¡Bueno, ahora nos toca a nosotros! ¿Quién hace el primer papel de la obra, la Savelly o yo?

—Es un asunto muy complicado, Nita. Ese Rochefort es un testarudo de marca.

—¡O me das el papel a mí, o cuéntame muerta para tu amor!

—No te sulfures, Nita... ¡Yo te aseguro que

lucharé hasta el último instante por mantener tu candidatura a flote!...

—¡Esta no es para mí ninguna solución! ¡Yo deseo hechos, no promesas!

—¡Me devuelves la llave!—exclamó Armando viendo que Nita la arrojaba sobre la mesa escritorio—. Reflexiona, Nita... y ve esta noche, como siempre, a nuestra mesa del cabaret. Quizá pueda darte noticias definitivas.

Nita salió sin despedirse, afectando una indignación de reina ofendida. Y realmente lo estaba. Aquel golpe asentado a sus ilusiones de artista le había llegado al alma.

Al mismo tiempo que en casa del autor se desarrollaban los acontecimientos que llevamos referidos, en la de los Duval ocurría un suceso en apariencia sin importancia, pero que en realidad estaba destinado a cambiar el rumbo que en la vida seguían las dos familias. Veamos qué era ello.

En el anchuroso portal se habían reunido unos cuantos muchachos, dedicándose a los juegos propios de su edad, un tanto violentos. Uno de los nietos de la señora Duval gastó a algunos de ellos la pesada broma de arrojarles un cubo de agua, y los demás, enfurecidos, las tomaron con el muchacho, propinándole una paliza más que regular, amén de unos pequeños rasguños por los que la sangre corría en cantidad abundante.

Acertó a pasar Juana en aquel instante. Con solicitud maternal, recogió al herido y lo llevó a su casa, donde el doctor Monier le prestó los auxilios que el caso requería.

La señora Duval, ausente en aquel instante, cuando llegó y se encontró a Juana a

solas con el doctor, no pudo impedir el lanzar sus habituales gruñidos.

—Usted sabe, doctor, que no me gusta que mis huéspedes reciban visitas de mujeres.

—Estoy yo aquí, abuelita—interrumpió el muchacho, con la cabeza vendada.

—¡Hijo mío!... ¿Qué le ha pasado al tesoro de mi corazón? —chilló asustada la buena mujer.

Luego que el doctor le hubo explicado la intervención de Juana en la defensa de su nieto, la señora Duval varió por completo de opinión con respecto a la muchacha. Se deshizo en cumplidos con ella y le prometió su amistad más sincera.

—No vale la pena, señora. Usted en mi caso habría hecho lo propio, de modo que no tiene que agradecerme nada.

—¡Realmente es usted encantadora, señorita!—exclamó al ver la modestia de la joven.

—¡Y pensar que yo las he tenido en tal mal concepto!—murmuró luego después para su capote, la irascible patrona.

Juana y el médico reanudaron su interrumpida conversación:

—Crea, doctor, que lamento muy de veras haberle roto los lentes. Fué al retirar el libro, y como esto estaba un poco oscuro...

—¡Bah!... No crea usted que ha sido grande de la extorsión. Veo lo mismo con lentes que sin ellos.

—Entonces, ¿por qué los lleva?

—Tengo un aspecto tan anfiñado!... He de inspirar respeto a mis alumnos cuando gane la cátedra. Y ya sabe usted que unos lentes siempre dan cierto aire de gravedad. Por esta

misma razón me estoy dejando crecer la barba.

—Pero así no agradará usted a Nita. ¡Le horrorizan los hombres con barba!—exclamó la joven, despidiéndose de su vecino, no sin tristeza.

Una vez hubo salido su adorable vecina, el doctor requirió los útiles de afeitar. Acarició



por última vez su barba, se miró y remiró ante el espejo y por fin, se decidió a consumar el sacrificio. Las últimas frases de Juana le habían decidido. Por agradar a Nita se sentía Monier capaz de muchas mayores heroicidades.

Plantó su estuche de afeitar ante la ventana, aprovechando los últimos rayos del crepúsculo, y tras las jabonaduras de ritual, la navaja se hendidó en el bosque piloso, segan-

do a flor de piel la inextricable maleza por la cual aparecía cubierta.

Al concluir la operación y recoger los útiles, tuvo la mala fortuna de que se le cayera la brocha a la calle. Nita, en la puerta de su casa, estaba dándose la última mano de polvos para borrar de su rostro las huellas de las lágrimas, y la brocha, todavía llena de jabón, fué a parar dentro del bolso, ensuciando sus deliciosas chucherías.

Monier bajó corriendo a recogerla y a pedirle mil perdones.

—¿Pero es usted el doctor Monier?... ¿Quién habría de conocerle así? ¡Parece usted veinte años más joven... y hasta guapo!

El rubor encendió las mejillas del doctor.

—Por Dios, señorita, no se ría usted de mí!—murmuró con voz entrecortada por la emoción.

—¡No, si no me río! Me tiene usted muy enfadada—añadió con coquetería.

—Si quiere que firmemos las paces, la invito a tomar el té y unas pastas. ¿Acepta?

—¡Encantada! Celebraremos que haya un ogro menos en la vecindad. Así al menos parece usted un hombre de bien.

Y Monier, que minutos antes suspiraba por su barba, bendijo desde aquel instante a la simpática Juana por haberle dado tan feliz idea.

En la intimidad de su despacho, el doctor abrió a Nita su corazón. Por su boca, entre sorbo y sorbo del amargo brebaje, fluían las dulces frases del amor en desbordado torrente.

Tan elocuente se mostró, que Nita se sintió impresionada.

—¡Cuánto tiempo esperando este instante de ventura, Nita bella! —suspiraba Monier oprimiendo entre las suyas las delicadas manos de la joven.

Así diciendo, se apoderó del pañuelo de Nita, y lo guardó junto a su corazón, después de haber aspirado su perfume y estampar un delicado beso en sus finas blondas.

—Perdóname que no se lo devuelva ahora. Déjeme al menos que aspire su perfume durante esta noche. Así me parecerá que todavía no se ha separado usted de mi lado y podré seguir soñando...

—Dejo a su elección el devolvértemelo ahora... o bien esta noche a las once... en la puerta del teatro, por ejemplo.

¡Aquellos era una cita! ¡Una cita en toda regla! Monier se acicaló con más esmero que nunca y se puso el frac, reservado tan sólo para las grandes solemnidades.

A las nueve en punto, con precisión cronometrada se hallaba en el «foyer» del teatro en compañía de su amada. Y mientras el ensayo seguía su curso, Monier y Nita tejían con los dorados hilos de la ilusión la madeja del amor.

—¿No os habéis fijado? Armando de Marny solo y Nita Duval acompañada... Y bien acompañada por cierto—murmuraban unas cuantas chicas del coro, sentadas en un rincón y dedicadas a la amable tarea de meter su nariz en todo lo que no les importaba.

Y no se equivocaban al decir que Nita estaba bien acompañada. Por lo elegante y lo satisfecho de la vida, parecía Monier un banquero en plena apoteosis de amontonar mi-

llones. ¡La vida le sonreía como nunca pudo imaginar le sonriera!

Antes de proceder a narrar lo que sigue, bueno será aclarar que las galerías de las dos familias Duval estaban separadas por un cancel que podía comunicarse a voluntad de los vecinos. Y si nunca se había abierto, ello era debido a que entre ambos existía muy poca voluntad de hacerlo. ¡Buena se hubiese puesto doña Rosa!

Pero aquella noche, al volver del ensayo, se abrió por primera vez el pequeño cancel que hasta entonces tenía toda la fuerza del muro de una inexpugnable fortaleza. Comunicáronse las dos familias y Juana pudo advertir, con sentimiento, que el doctor había sacrificado su hermosa barba. En el fondo de su alma lo lamentó de todas veras. ¡Le resultaba Monier tan interesante de aquella manera!...

La señora Duval, sabinonda a fuer de viejía, sabía el proverbio aquel de «cherchez la femme» y se preguntaba ansiosa quién sería la que había inducido a su pupilo a consumar el sacrificio de su piloso aditamento.

Por su mente cruzó rápida la imagen de Juana, que sentada ante ella, yacía en la beatífica actitud de una virgen sorprendida en místico éxtasis. En un aparte, le comunicó a su vecina, señalando la barba del doctor:

—¿Sabe usted quién es ella?

—¡En absoluto, señora!—repuso la joven, que ya no se acordaba de sus palabras de aquella tarde.

—Se me ha ocurrido una idea que no me parece descabellada: el doctor debería casarse con usted, Juana.

—Eso sería muy posible si no estuviera esa otra *ella*, a quien se debe el sacrificio de su masculino ornato.

El doctor, entretanto, conversaba con Nita, ajeno a lo que hablaban los demás.

—¡Cuidado, incauto doctor, que va usted a caer en el peligro de enamorarse!—murmuró en son de broma la señora Duval.

—Lo estoy ya perdidamente—añadió Monier en idéntico tono.

Armando de Marny no se resignaba a la perdida de su amor, y al efecto, compareció en la galería de sus amigas, portador de una carta. Llamó aparte a Nita y se retiró con ella a una habitación contigua.

—¡Despide a ese títere, Nita!

—¿Quién hace la primera actriz de tu obra?

—Lee esta carta que te interesa—exclamó tendiéndole un papel.

«Por consiguiente—concluía la misiva—, si puedes arreglar el asunto del alquiler, el papel principal será para nuestra simpática Nita. Tu buen amigo, *Pinot*.»

—Y qué me dices de todo esto?—preguntó Marny, luego que ella hubo concluido la lectura.

—Que tengo en la realidad un papel mucho mejor del que en la ficción escénica me ofreces: el de futura esposa.

—¿Acaso con ese pollo imberbe?

—¡Eso no se lo habrías dicho esta tarde!—rio ella de muy buena gana—. Será catedrático dentro de tres meses.

—Perfectamente. ¡Menos rompimientos de cabeza! —murmuró retirándose despechado— Compadezco al teatro por su pérdida y felicito a la facultad de Medicina por su adquisición.

Monier era un melómano empedernido. Concluida la velada, requirió su violín y confió a su caja sonora todo el secreto de su dicha. En la prima noche, vibraron en aladas melodías los dulces ensueños de su alma.

Y al arrullo de las dulces notas, el corazón de la impresionable Nita sentíase más y más prendido al de aquel hombre, por cuyo lado tantas veces pasara sin mirar. Atraída por la melodía abrió la puerta del cancel y el claro de luna reflejó su silueta a los pies del enamorado. Por un instante, creyó el doctor que el anhelo le forjaba una falaz quimera de sus evocaciones.

Algun tiempo después, Nita y León, casados, fueron a saborear bajo otros cielos los dulzores de su naciente dicha.

Y al regresar, ya en el tren, se formó la primera nube en el azul prístino de su paz conjugal, que parecía ser eterna.

—¡En otro tiempo me habrías pedido permiso para encender tu pipa! ¡Eres insoporable!

—¡Tampoco tú eres muy agradable que digamos, querida!... La verdad es que no tienes una manera muy política de hacer advertencias.

—Perfectamente! ¡Me cambiaré de departamento hasta que hayas concluído de fumar!

Y sin dar lugar a que su esposo la detuvie-

ra, Nita salió en busca de otro asiento. León se encogió de hombros. Lo que ambos creyeron amor, no había sido más que una pasión; satisfecha ésta, comenzaba el hastío su obra destructora.

La desgracia condujo a Nita a sentarse en el mismo departamento en que viajaba Armando de Marny.

—Haga el favor de no tomarse esas libertades, amigo mío. Estoy enamorada de mi marido—exclamó Nita rechazando una caricia de su amado de otro tiempo.

—¿Dos meses de matrimonio y todavía enamorada de tu marido?... ¡Voy a escribir una obra y la titularé «Nita Duval o la esposa modelo», palabra!

—Y ya que hablamos de obras—continuó— permíteme te diga que estoy concluyendo una comedia. Tengo en ella una heroína que ni soñada para ti...

—No, no... León no consentiría que volviese al teatro—murmuró ella con voz indecisa.

—Por si cambiarias de parecer, siempre me tienes en casa de tres a cinco—dijo Marny entregándole la llave que ella cogió maquinalmente.

Roto el hielo, comenzaron las confidencias, y de ellas se pasó lentamente a las caricias... León, terminada su pipa, salió en busca de su esposa. Y le pareció que su actitud con aquel desconocido no era todo lo correcta que debía ser tratándose de una mujer casada que se halla obligada a respetar a su marido. A ciencia cierta, no podía acusar, pero le pareció haber visto algo sospechoso.

—El señor es un antiguo amigo de Juana —murmuró azorada.

Y como su marido pareciera dispuesto a preguntar más detalles, Nita siguió hablando con Marny, como para hacer ver a su esposo que había venido a interrumpir una conversación sin importancia. En el estado de turbación en qué se hallaba, no se le ocurrían más que tonterías.

—Lo que hallé más curioso en nuestro viaje fué Egipto... ¡Ya no son las pirámides redondas como han sido siempre!

Y León Monier, observador por instinto, tuvo bastante con aquél detalle para ahorrarse toda clase de preguntas. El divorcio espiritual quedaba planteado desde aquel momento.

Un día, entre tres y cinco llegó a Nita este insinuante recorte de periódico.

«Armando de Marny ha entregado ya su nueva comedia. Se dice que el papel central está reservado a una artista conocida, a la que motivos familiares retuvieron alejada de la escena algún tiempo.»

Al llegar su esposo, Nita se deshizo en zalmas y caricias.

—Muy zalamerá estás, Nita... ¿Cuánto importa la factura?—aludió viendo que su esposa tenía un papel en la mano.

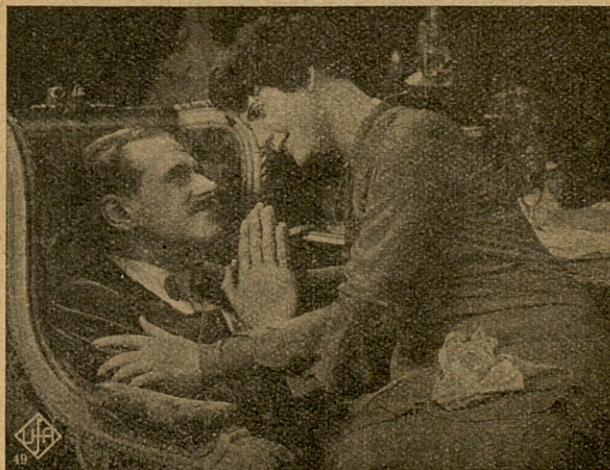
—No se trata de una factura, León... ¡Me gustaría tanto volver a vivir la vida de la escena!...

—No hablemos de eso. Ya me lo has iniciado otras veces y sabes mi opinión sobre tu vuelta al teatro.

—¡Eres un egoista!... ¡Sólo quieres los triunfos para ti.

Cruzáronse entre ambos algunas frases agrias y al fin, León, murmuró, como hablando consigo mismo:

—¡Y todo esto porque me resisto a que mi



mujer actúe con descoco y diga frases de intención malsana!

Miró los guantes que llevaba su esposa, y vió que lucían unos rotos en las puntas de los dedos.

—¿Y si en lugar de en la gloria, pensaras en coserte los guantes?

—¡Eres el más insopportable de los maridos! Me voy por no estallar!—y dando un porta-

zo formidable se fué a visitar a Armando de Marny. Entró cautelosa, con la llave que obraba en su poder y lo sorprendió en su despacho.

—He venido a conocer tu nueva comedia—dijo.

Armando se incorporó solícito, radiante de alegría.

—Supongo que no estarás tu criado—añadió ella subrayando sus palabras con una mirada picaresca.

El joven se creyó autorizado por aquél admán para volver a tratarla con la libertad de antes.

—Has de tratarme con todo respeto, Armando! ¡Soy toda una señora casada!—añadió riendo a todo reir.

La lectura de la obra se inscribió en el capítulo de las cosas mediáticas para dejar paso a las caricias, doblemente sabrosas por lo prohibidas.

Aquella tarde, Juana, se encontraba muy sola, y a semejanza de otros días, cuando se sentía atacada por la melancolía, fué a visitar a su hermana, encontrando sólo al doctor.

—Puesto que no está Nita, me marcharé. No quiero interrumpir sus estudios.

—No, Juana, tú no molestas nunca. Precisamente porque no está Nita, debes quedarte. Con ella apasionada del «jazz-band», nunca haríamos música juntos.

Juana se sentó ante el piano, que tocaba con rara perfección y el doctor tomó su violín, el mejor confidente de sus cuitas; el más leal de sus amigos. Y enardecidos por su pasión favorita, dejaron correr las horas en la comunidad de sus aficiones. Más de una vez

había reparado León en que por muchas causas se sentía atraído a Juana. Había comprendido que aquella mujer de su casa, hubiese sido su compañera ideal.

Al correr de las notas corrían también sus pensamientos y se arrepentía profundamente de no haber sabido elegir a tiempo.

El concierto fué interrumpido por el timbre del teléfono. Era Nita la que llamaba. León acudió al aparato, pensando si sería algún cliente que requería sus auxilios.

—Sí, estoy con Juana. No te extrañes de mi tardanza... Charlamos de cosas divertidas —exclamó sin poder contener la risa, a causa de que Armando de Marny le hacía cosquillas—. Quizá iré un poco tarde...

—Puedes venir cuando gustes. ¿No se te ocurre nada más?—preguntó intrigado León.

—No, nada más. ¿Y a ti, Juana, se te ocurre algo?

El teléfono transmitió el chasquido de un beso.

—Es un beso que Juana me manda para ti —volvió a mentir Nita—. ¿Lo has oído?

León lo oyó y casi sin poder contestar colgó el auricular. Caminando cual un loco (tal fué la emoción recibida), llegó hasta donde estaba su cuñada y la abrazó, prorrumpiendo en amargos sollozos. La besó repetidas veces, hasta que Juana, repuesta del susto, logró desasirse.

—¡He vivido ciego hasta ahora... ¡tristemente ciego! Yo debí casarme contigo, Juana... ¡Es a ti a quien amo sobre todas las cosas!

—¡Has vivido ciego y ahora estás loco,

León!... Seamos cuerdos... piensa en Nita... Es tu mujer... ¡Es mi hermana!

Y Juana, con el alma llena de amargura, dejó anegado en llanto al hombre que había amado siempre, yendo a su casa, donde podría estar a sus anchas con su pena.

Nita y Armando, tras la lectura del primer acto, comenzaron el ensayo.

—¿Crees que puedo dar emoción a la escena empleando esto por revólver?—protestó ella aludiendo a la pipa que Armando le había dado para que simulara el arma.

—Estoy pensando que si no le das emoción, es porque la obra parte de una base falsa. En la vida real, los maridos, no se entran de nada.

—Ponte formal; deja tus bromas y mimos para cuando no estemos trabajando, y ya verás cómo hago una escena trágica. Fírc ante todo, traéme la pistola. Hay que ponerte en carácter.

Armando compareció con el arma, una pistola de una armería de teatro, según él manifestó, cargada con pólvora seca. Nita cogió el arma, que debía disparar para defenderse del asedio de un amante y disparó contra Armando, que hacia la «sombra» del actor de referencia.

Al salir el disparo, Armando cayó como herido por el rayo. En vista de que no se levantaba, Nita, asustada, corrió en su auxilio.

—¡No me asustes, Armando! ¡Estas cosas no se hacen tan a lo vivo!—pero Armando siguió sin responder y bien pronto notaron sus manos el contacto caliente de la sangre.

Enloquecida por el terror, Nita corrió a buscar a su hermana.

—¡Ayúdame, Juana!... ¡León no debe saber esto tan horrible! Nadie sospechará que yo he estado en casa de Armando. Entré y salí sin ser vista. Tenía la llave que él me dió.

Juana parecía dudar en aceptar el sacrificio.

—Si León aparece unido a un escándalo, no obtendrá la cátedra!

Y temerosa de que a su amado pudiera acontecerle semejante desgracia, Juana, ya no vaciló en sacrificarse.

—Vuelve a tu casa y haz por serenarte. Que no te delate la turbación—murmuró Juana al par que recibía la llave de manos de su hermana.

Al llegar al lugar del suceso, llamó por teléfono a casa de su hermana y fué esta misma la que, muerta de ansiedad, corrió a descolgar el auricular.

—Oyeme con calma. ¡Vive! Lo he acostado con ayuda del criado. Di a tu esposo que quiero hablarle.

León se puso al aparato y oyó la confesión de Juana. Fué para él un golpe terrible. Aun después de oírlo de labios de ella se resistió a creerlo.

—Yo tenía un amor ¿sabes? Y... la fatalidad... acabo de herirlo, acaso mortalmente. Necesito que vengas en seguida.

León miró a su esposa y sonrió amargamente:

—¡Menos mal que tú no estás complicada en esta tragedia!

Entretanto, Juana, hacía lo imposible para reanimar al herido.

—¿Me oye?—decía ansiosa—. Yo soy la hermana de Nita... Oigame bien. He telefondado al marido de mi hermana... y usted le dirá cuando venga...

El herido, que por un momento había abierto los ojos, volvió a quedar sin conocimiento. Juana, desesperada, volvió a reanimarle como mejor le dictaba su atribulada mente. Por fin, Armando, pareció volver en sí.

—¡Necesito que usted viva! ¡Necesito pasar por la prometida de usted y que mi cuñado lo oiga de sus labios!

León Monier inspeccionó detenidamente al herido.

—Por fortuna no es cosa grave. Curará dentro de poco tiempo—murmuró.

Juana, con voz entrecortada, explicó a León la historia de aquellos amores.

—¿Y por qué me has llamado a mí? ¡Habla!—le gritó irritado.

—Porque... porque otro cualquiera habría dado parte a la Policía y sé que tú no lo harás —concluyó la abnegada muchacha, rompiendo en sollozos.

Diariamente, Juana, unos minutos antes de las cinco, hora de la visita del médico, iba a ponerse a la cabecera del enfermo para salvar así el honor de su hermana, aun a costa del suyo propio.

—Si el doctor anticipara su visita alguna tarde—le dijo cierto día Armando—pensaría que no es usted una enfermera muy solícita.

—Pero como esto no es fácil que ocurra... Yo sé muy bien a la hora que León sale a visitar, y por consiguiente, a la que puede llegar aquí.

—¿Cree usted que no he penetrado en el secreto de por qué quiere pasar por mi futura, ante los ojos de su cuñado?

—Bien claro se lo he dicho. Por salvar a mi hermana.

—Si no hubiera más causa que esa, no jus-



tificaría su sacrificio. Deshonrada por deshonrada, lo mismo daba una que otra.

—¿Qué quiere usted decir? Ella es casada y su deshonra entraña la de su esposo.

—¿De qué me serviría haber escrito tantas obras y haber estudiado tanto a los demás, si no supiera leer en su alma, clara como un libro abierto?

—¡No le entiendo, señor Marny! —murmuró confusa.

Lo que Juana había imaginado no podría suceder, ocurrió al día siguiente: León anticipó la hora de su visita. Y a la hora de salir Nita para dar paso a su esposo y a su hermana, vió que el primero subía por la escalera. Rápida corrió a ocultarse en el piso de su amado.

Precisamente aquella tarde se había despido Nita de él para siempre.

—Hoy es el último día que vengo a tu casa —le había dicho—. No merece León la desventura de sospechar en mí un proceder equívoco.

—¿Crees tú que para tú marido sería realmente una desventura la idea de saber tu desamor? —le había respondido Armando.

Y era precisamente en aquel día crítico cuando la fatalidad se complacía en que fuera sorprendida.

—¡Cuánto me place, doctor, verle por aquí media hora antes!

—He venido solamente para decirle que ya está usted bien y que mi misión ha terminado... Pero no quisiera retirarme sin antes hacerle una pregunta: ¿No creé que esa joven merece suerte distinta a la de las demás mujeres que pasaron por su vida? ¡Debe usted casarse con ella!

—Supongo que se referirá a Juana Duval.
—Naturalmente.

—Pero si no es tal prometida, ni fué ella tampoco quien disparó sobre mí. No ha sido Juana, se lo aseguro. Si quiere ver a la autora del disparo, levante aquella cortina.

No hizo falta levantarla. Nita salió de ella lívida, desencajada, gritándole a su amante:

—¡Eres un canalla!

Y en aquel crítico instante, llegó Juana, que se quedó petrificada.

—Perdóname, Juana, había dudado de ti... Y en cuanto a usted, señor Marny, esta será su última aventura —gritó blandiendo una pistola—. ¡No es caballero ni lo ha sido en su vida!...

—Precisamente porque lo soy, procedo de esta forma. Séame franco, doctor, y confiese que en el fondo, agradece usted esta confesión mía, que ha de hacernos felices a todos.

El doctor comprendió que Marny había descubierto su secreto y dulcificó un tanto su aspecto, hasta entonces verdaderamente terrible.

—¿Estás viendo cómo no tira? —dijo Marny mirando a Nita.

—¿De modo qué eso había entre vosotros? —preguntó a su vez Nita, recobrada ya su tranquilidad—. No está mal. ¡Por cierto que hacéis una linda pareja!...

Meses después, León y Juana habían formado su venturoso nido de amor, y Nita saboreaba la dicha de ver a París a sus pies, desde el escenario del Trianón. Armando de Marny se había casado con ella, y como autor de las comedias y revistas interpretadas por su esposa, cabíale también una buena parte de esta gloria.

FIN

*No deje de comprar se-
manalmente*

PELÍCULAS

*la única novela cinemató-
gráfi ca que publica los ar-
gumentos de los films más
importantes y de más pal-
pitante actualidad*

